

al rededor de sí todo el cúmulo de delicias, que son frecuentes en los palacios de los grandes monarcas; era una jóven tierna, delicada, con todos los atractivos de la naturaleza, y la materia mas á propósito para cebar el fuego del amor propio. Con todo eso, mira como esta santa doncella concibe el gran proyecto de vivir apartada del mundo, de abandonar sus esperanzas y delicias, y de encerrarse en una gruta horrorosa por todo el resto de su vida. Considera el inaudito valor con que pone en ejecucion este santo proyecto, é infiere la provechosa consecuencia de que si no te resuelves á tener una vida algun tanto mortificada, es porque das demasiado asenso á las persuasiones de tu amor propio. Resuélvete, pues, desde este dia á cortar las cadenas con que ese monstruo infernal te tiene atado, y sea este el efecto que causen en tí los admirables ejemplos de esta santa anacoreta.

DIA QUINTO.

SAN JULIAN, OBISPO DE CUENCA.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Dos veces hace mencion de san Julian el martirologio romano; una en el dia de su preciosa muerte, que sucedió el 28 de enero del año 1208, y otra el 5 de setiembre en que la santa iglesia de Cuenca, por concesion del papa Julio III, celebra su principal solemnidad, trasladada á este dia por mas proporcionado para las grandes limosnas, ú otras diferentes obras pias que en honra de su grande obispo y patron ejercita en él aquella noble ciudad. Toda la iglesia de España repite tambien en él segunda conmemoracion del mismo santo, solemnizando la magnifica trasla-

T. 9.

P. 116.



S. JULIAN,
OBISPO DE CUENCA.

ción de sus milagrosas reliquias, que se hizo con ostentoso y devotísimo aparato en 11 de abril de 1518, compitiendo la multitud de los milagros con la piedad y con la pompa de los regocijos, pues hubo día en que se contaron catorce, y todos legalmente autenticados. Ni en uno ni en otro día tuvo presente nuestro autor original la portentosa vida de este insigne santo; sin duda porque le omite en su oficio la iglesia galicana, privando á la devoción española del religioso gusto con que la leería tratada por su delicada pluma. Insinuósele al traductor este piadoso desconsuelo por un zeloso individuo del ilustrísimo cabildo de la santa iglesia de Cuenca, asegurándole que así se daría por servido de que se hiciese lugar en el *Año cristiano* al compendio de las heroicas virtudes con que ilustró á España; y añadió tanto esplendor á la Iglesia su santísimo patrono; insinuación tan autorizada y tan justa, que no sufría resistencia, aun cuando el amor á la nación, y la particular veneración que profesaba el traductor al mismo santo, le permitiesen alguna libertad para que fuese meritorio el rendimiento. Pero destinando el P. Croiset el día 5 á la vida de san Lorenzo Justiniano que le corresponde, y no pareciendo justo desatender la devota curiosidad de los lectores, interesada en las noticias de un santo, cuyo nombre se oye con tanta distinción como respeto en toda la universal Iglesia, y cuya vida tiene también cierto no sé qué de original, tomó el partido de dejarla en el mismo día 5, como también lo practica Ribadeneira y otros escritores de vidas de santos, que tal vez traen dos y mas en el mismo día.»

San Julian, obispo y patron de Cuenca, ornamento de la Iglesia, honor inmortal de España, y gloria de la ciudad de Burgos, nació en ella el año de 1128. Su

concepcion tuvo muchas señales de milagrosa, ó por lo menos mas se debió á las oraciones de sus piadosos padres, que á los esfuerzos regulares de la naturaleza. Contaban muchos años de matrimonio sin el consuelo de sucesion, ni esperanza de tenerla; acudieron al cielo con fervorosas súplicas, y fueron atendidos sus deseos. Hizose embarazada su madre, y un sueño que tuvo el padre de Julian en este tiempo le puso en espectacion, de manera que, sin dejar de ser cuidado, se ladeaba mas la inclinacion á interpretarle misterio. Representóle una noche la fantasia que ardia en vivas llamas su cuarto, y que, sin respetar el incendio, se iba ocupando todo él de aves nocturnas, de animales negros y de feas sabandijas, que con sus ingratos ahullidos y con su tedioso aspecto eran horror de los ojos y tormento de los oidos. Pero notó que, saliendo de su mujer un hermoso cachorrillo, mas blanco que la misma nieve, cambió el voraz incendio del cuarto en un inocente resplandor con las brillantes y lucidísimas centellas que despedia por los ojos y la boca, al mismo tiempo que con sus apacibles ladridos despejó la estancia de tanto animal inmundo; y hecho esto, se volvió el tierno cáchorro á refugiarse en su albergue. Despertó, comunicó el sueño á su mujer, y conviniendo ambos en que eran especies demasadamente arregladas para que las enlazase el casual desórden de la imaginacion, neutrales entre la confianza y el susto, esperaron á que el tiempo aclarase su significado.

Solo tardaron en entenderle lo que tardó el niño en hacer. Luego que vió la luz, levantó el tierno bracito, echó la bendicion á los circunstantes, como lo hacen los obispos cuando bendicen al pueblo. Al asombro que causó esta maravilla se siguieron inmediatamente otras dos, que fueron al mismo tiempo interpretacion del misterioso sueño, y explicacion de la primera. El

mismo dia que bautizaron al niño se oyó en el aire una suavísima música de ángeles, que cantaban este mote: *Hoy ha nacido un niño, que en gracia no tiene par*; y al mismo tiempo que le estaban bautizando, se dejó ver sobre la pila un ángel en figura de un niño hermoso y corpulento, con una mitra en la cabeza y con un báculo pastoral en la mano, que decia: *Julian ha de ser su nombre*. Esta continuacion de prodigios se pudiera llamar, aun mas que vaticinios, historia de lo futuro, ó noticia puntual de lo que Julian habia de ser.

Ahorró á sus devotos padres el cuidado de la educacion, porque, desde que fué capaz de ella, mostró que no la habia menester. Prevenido con mucha anticipacion de la divina gracia, comenzó á ser santo antes de ser hombre; y cuando apenas asomaba en su entendimiento el uso de la razon, ya era muy conocido en su inocente alma el uso de la virtud. Niño en los años, y maduro en las costumbres, castigaba en su tierno cuerpo la inocencia, como si tomara venganza de la malicia. Aun no sabia pecar, y ya sabia ayunar haciéndolo tres dias cada semana, con tanto rigor, como si castigara desórdenes de la gula el que apenas habia aprendido á comer. Desconoció enteramente las travesuras de la niñez, y todos sus juegos se reducian á retirarse largos ratos, y rezar con tierna devocion muchas oraciones que tenia señaladas para cada dia.

Correspondieron sus progresos en el estudio de las letras á sus adelantamientos en la ciencia de los santos. Hizose dueño de la latinidad, de las artes liberales y de la sagrada teología con tanta rapidez y con tanta felicidad, que mereció pasar de discipulo á maestro, enseñando esta última facultad con tanto crédito de su sabiduría, como concepto de su elevada virtud. Murieron sus padres en esta sazón; y dejándole heredero de un rico patrimonio, no faltaron

amigos que le aconsejasen siguiese el ejemplo de los que le habian dado el ser, abrazando el mismo estado para perpetuar en su descendencia los bienes que poseia. Despreció unos consejos en que tenia mas parte el espíritu del mundo que el espíritu del Evangelio, y resolvió conservar perpetuamente intacta su virginal pureza, para que fuese mas grata al Señor la entrega que ya le habia hecho de todo su corazón.

Con este espíritu de devocion y de recogimiento labró una humilde casita, pegada por una parte al convento de San Agustin, y por otra á una ermita que habia sido habitacion de santo Domingo de Silos, para que una y otra vecindad fomentasen el retiro, y fuesen incentivo á su fervor. El ejemplo de los religiosos avivaba en él la devocion, y la memoria del milagroso ermitaño encendia mas y mas en su corazón el amor á la soledad.

No debió de bastar esta señal á los que le importunaban sobre que se casase, para que conociesen que eran muy distintos sus santos pensamientos; y acaso con el fin de que les entrase por los ojos el desengaño, manifestando con las obras que ya habia tomado su partido, recibió las cuatro primeras órdenes, pero sin querer pasar de ellas hasta haber recogido mas caudal de devocion y de virtud, persuadida su humildad de que todavia le faltaba mucho para el que pedia la sublime dignidad del sacerdocio. Fué en fin promovido á ella, y con la nueva dignidad, si no se vió en Julian otro nuevo hombre, se hizo por lo menos muy perceptible á todos una palpable renovacion de fervor.

Pareciéndole que podia ser tibieza en el sacerdote la que era devocion en el seglar, se entregó total y absolutamente á la oracion, al estudio y al retiro. Celebraba cada dia el santo sacrificio de la misa en el altar del devoto y milagroso crucifijo con tanto reco-

gimiento, con tanta compostura, con tanta gravedad y con tanta devocion, que la comunicaba á todos los asistentes; de manera que los que estaban en el templo indevotos, solo con verle celebrar se recogian interiormente y salian compungidos. Las dulces lágrimas que se desprendian de sus ojos ablandaban los corazones de los que las observaban, y hacian devota compañia las que se derramaban en la iglesia á las que se vertian en el altar.

Desde él se retiraba á su cuarto, y el tiempo que no dedicaba á la oracion le empleaba en el estudio de la sagrada Escritura, y en la atenta leccion de los santos padres y doctores de la Iglesia, negándose absolutamente á la lectura de autores profanos, persuadido que esta especie de erudicion en quien no tiene obligacion de dedicarse á ella ó por instituto, ó por ministerio particular, si no desdice de la santidad del sacerdocio, contribuye poco á perfeccionarla; y cuando no disipe el espíritu, á lo menos le deseca. No habia que hablarle de negocios puramente seculares. En no perteneciendo directa ó indirectamente á la salvacion de las almas, ó al bien espiritual de sus prójimos, no solo se negaba resueltamente á sus oficios, sino tambien á su noticia: pronto, expedito y siempre eficaz en los primeros, se hacia del todo sordo á los segundos; siendo de dictámen que el sacerdote debe ser continuamente mediador entre Dios y el pueblo, pero nunca entre el pueblo, el interés, la ambicion, la conveniencia ó la codicia.

Estimulado del zelo y de la obligacion en que le empeñaba su estado, cuando se halló con suficiente caudal de doctrina, por no estancar las aguas que tenia recogidas en su cisterna, derivadas de la fuente del Salvador, determinó comunicarlas á los pueblos por el ministerio de la predicacion. Dió principio á él predicando en las aldeas ó poblaciones reducidas de

los contornos de Burgos. El fruto correspondió á la solidez de los sermones, á la pureza de la intencion y á la santidad del predicador. Envidiosa con santa emulacion la misma ciudad de Burgos de que los extraños, por decirlo así, se comiesen su sustancia, le dió á entender que pedian la razon, la justicia y la obligacion que el zelo comenzase por los propios; y como en Julian era encogimiento y desconfianza lo que parecia extrañeza, fácilmente se rindió á los deseos de sus conciudadanos. Comenzó á predicar en las iglesias de la ciudad, y desde luego se conoció que eran estrecho teatro para los concursos las mas capaces iglesias. El aplauso fué sin igual, y no fué estéril. Al número de los concursos correspondia el número de las conversiones; y cuando todos salian de sus sermones, diciendo que nunca habian oido hablar así á otro hombre alguno, acreditaban sus lágrimas, sus sollozos y la mudanza de las costumbres la verdad de lo que decian. Sin esta verdadera prueba los mayores aplausos de los predicadores son estruendo de la lengua, y ojarasca para los oidos, á excusas del buen juicio, y sin noticia del corazon. Extendida por toda la España cristiana la fama del nuevo predicador, fueron muchas las provincias que le desearon, y muchas tambien las que le oyeron; experimentando con la general reforma que la fama era menor que su mérito, y que aquella voz que suele cobrar mas fuerzas cuanto mas camina, con efecto habia llegado algo cansada á sus oidos.

Experimentólo así la santa iglesia de Toledo, y ansiosa de aumentar su esplendor con aquella brillante antorcha, como tambien de disfrutar mas de asiento su doctrina, su apostólico zelo, y sus ejemplos, deseó, solicitó y consiguió hacerle prebendado suyo, con la sobresaliente dignidad de arcediano. Fué Julian modelo de arcedianos, como lo habia sido de sacerdotes

y de predicadores. El coro, los pobres, la vigilancia sobre las costumbres, la proteccion de las viudas y el amparo de los huérfanos, sus acostumbrados sermones, el estar pronto para servir al prelado siempre que este imploraba las funciones de su ministerio, siendo *el ojo y la mano derecha del obispo*, segun la expresion de los sagrados cánones; tales fueron los continuos ejercicios de nuestro santo arcediano: tan distante de representar la nueva dignidad con diferente aparato, que nunca se consideró mas obligado á dejarse ver en su casa y en el público con mas humildad, con mayor moderacion, ni con mas pobre decencia.

Alfonso VIII, rey de Castilla, auxiliado del rey de Aragon, habia conquistado pocos años antes la ciudad de Cuenca, restituyéndola á su legitima dominacion despues de haber sufrido la tiránica de los sarracenos. Muerto don Juan Yañez, su primer obispo despues de la conquista, juzgó el rey que no podia presentar para aquella silla hombre mas benemérito que á nuestro arcediano de Toledo. Sobresaltóse extrañamente la modestia de Julian cuando supo la resolucion del monarca: representó, instó, suplicó, lloró y protestó la falta de virtud, de talentos y de fuerzas; pero le fué preciso obedecer, siendo su misma resistencia el mejor testimonio del acierto, y el fiador mas seguro de la eleccion.

Consagrado ya obispo, tuvo poco que hacer para disponer su familia. Reduciase toda ella á un solo criado, que le servia de paje, de capellan, de limosnero, de mayordomo y de secretario. Llamabase este Lesmes, hombre en todo tan parecido á su amo, que rindió la vida en servicio de la caridad, y mereció á la iglesia de Burgos, donde recibe culto su cuerpo, las veneraciones de santo. Con esta comitiva se dirigió Julian á su obispado, y entró á pié en la ciudad

de Cuenca, sin admitir otro recibimiento que el que le hicieron, y él no podia excusar, las ansias de los pobres, las esperanzas de los huérfanos y los suspiros de los necesitados.

Excedió con muchas ventajas á toda su expectacion. Declaró desde luego que no se interesaria ni en un solo maravedi de las rentas de su obispado, y cumplió á la letra lo que declaró. Destinólas todas hasta el último cornado al sustento de los pobres, á la redencion de cautivos, á dar estado á las huérfanas desamparadas, á satisfacer deudas de los encarcelados, á socorrer hospitales, á erigir y dotar otros nuevos, y á diferentes pias fundaciones; cuya memoria subsiste hoy en aquella ciudad, donde parece que dejó la caridad como en herencia, y la misericordia como fruto del terreno, ó como temperamento del clima. Entre tanto, el obispo y su capellan, á imitacion de san Pablo, se sustentaban con el trabajo de sus manos, haciendo cestillas, que vendian para alimentarse, y les sobraba mucho del producto, que se agregaba á la gruesa de los pobres; porque, para ayunar los dos, necesitaban poco dinero. Era mucho el depacho de estas cestillas, porque en cada una de ellas llevaban los compradores un seguro depósito de milagros, como se experimentó en una furiosa pestilencia, que afligió en tiempo del santo obispo á la ciudad, en la cual ningun enfermo las tocó que no hubiese encontrado en ellas la salud: prodigio que aun despues de muerto el santo se experimentó por largo tiempo en muchas enfermedades, supliendo las cestillas de san Julian lo que faltaba al acierto de los médicos, ó á la eficacia de las medicinas.

No podia olvidarse de las obras espirituales de misericordia el que con tanto esmero se dedicaba al ejercicio de las corporales, y era preciso que en su apostólico zelo ocupasen el primer lugar las necesi-

dades del alma, cuando se le hacian tan grande en su caritativa compasion las indigencias del cuerpo. Estaba aun muy reciente en la diócesis de Cuenca la memoria de los infieles que la habian tiranizado, para que todavia no se conservasen muchas huellas que la mezcla de los moros habia estampado en las costumbres de los cristianos. Para borrarlas del todo visitaba Julian indefectiblemente cada año su obispado; y era cada visita, no como quiera una reforma, sino una visible transformacion de los pueblos. Persuadido que, arreglado en los eclesiásticos el modelo de la grey, saldria sin defectos la fundacion del rebaño, se dedicaba principalmente á la buena formacion de aquellos. Se compadecia de los flacos, abatia el orgullo de los discolos, castigaba á los obstinados, nunca daba cuartel á los escandalosos, pero en todo preferia los suaves medios de la dulzura á las severidades del rigor; y cuando echaba mano de estas, daba bien á entender que la aspereza de la medicina no era desabrimiento del médico, sino maliciosa rebeldia de la enfermedad. Con este método consiguió en breve tiempo que el clero de la diócesis de Cuenca fuese como un animado ejemplar á toda la clerecia de España; y para conservar en la suya los frutos de la reforma ponia el mayor cuidado en no conferir las órdenes á sujeto alguno cuyas ejemplares costumbres no legitimasen la pureza de la vocacion, y no pronosticasen el desempeño del estado, siendo de parecer que rara vez se hace un eclesiástico ajustado de un seglar escandaloso.

Además de las exhortaciones públicas que hacia en tiempo de la visita, cuando se retiraba á la capital predicaba todas las semanas á los muchos infieles que habia aun dentro de ella; y para que se extendiese el mismo beneficio á los muchos mas que estaban esparcidos en todo el obispado, iba de pueblo en pueblo

ejercitando el propio ministerio, con lo que hacia innumerables conquistas para Jesucristo, desterrando el alcorán, é introduciendo el Evangelio; y al mismo tiempo que alumbraba la ceguedad de los moros con las luces de la fe, movia la dureza de los cristianos á la reforma de la vida.

Pero ninguna cosa le ganó mas los corazones de todas sus ovejas, que aquellas entrañas de misericordia con que se deshacia en beneficio de ellas el liberalísimo pastor. Esta inagotable caridad, que fué su verdadero carácter, le mereció innumerables favores del cielo, y fué acreditada con otros tantos prodigios. En cierta ocasion tuvo por convidado en la mesa de los pobres al mismo Jesucristo, que le agradeció lo que hacia por ellos, honrándole con el título de *buen amigo suyo*, y prometiéndole en premio la eterna bienaventuranza. En otra vió repentinamente colmada de trigo su panera para socorrer cierta necesidad, siendo así que, reconocida un poco antes, se hallaba sin un grano: en otra se vió entrar por la ciudad una milagrosa recua cargada de granos, sin guia, ni conductor, que se dirigió al palacio del obispo, dejó caer los costales, y desapareció sin poderse averiguar quién la habia conducido. Dió orden el santo á su fiel criado Lesmes que al punto repartiase todo aquel trigo entre los pobres, proporcionando la distribucion á la necesidad de cada uno: hizolo Lesmes con tanto zelo y con tanta actividad, que rindió la vida al exceso del trabajo; mártir de la caridad, que murió de fatiga, para que otros no pudiesen.

Claro está que el enemigo de la salvacion no habia de mirar con indiferencia aquel varon de misericordia, cuyas obras eran tan gratas á los ojos del Señor. Armóle todo género de lazos para derribarle. Uno de los muchos dias que ayunaban á pan y agua se fué Julian á sentar á la mesa, cuyo aparato se reducía á

una pobre servilleta sobre una tosca tabla. Encontró en ella una hermosa trucha como de tres libras, cuya frescura era capaz de despertar al mas dormido apetito. Sorprendióse el obispo; preguntó á su criado quién la habia puesto allí; respondió con verdad que *no* lo sabia; y sospechando Julian el artificio del enemigo comun, fué á cogerla para arrojarla en un pozo, y desapareció la trucha, quedando descubierto el lazo.

Estaba el santo rezando en otra ocasion con el recogimiento que acostumbraba: entró un hombre en su cuarto cargado con talegos llenos de moneda; y sin mirarle por no interrumpir su devocion, creyendo que seria el mayordomo, le preguntó: *¿Qué traes ahí? Señor, el dinero de las rentas*, respondió el hombre aparente. No ignoraba Julian que todas las devenidas estaban ya bien expendidas; pero persuadiéndose que podia ser alguna de aquellas milagrosas providencias á que estaba tan acostumbrado, iba á tomar el dinero, cuando este y el que le traia se desvanecieron en humo, pero tan pestilencial y hediondo, que por largo rato dejó inficionada la habitacion con un hedor abominable; convirtiéndose en despecho de Satanás el imaginario triunfo, porque la accion de Julian fué efecto de la confianza, impulso de la caridad y desprecio de la codicia.

Tercera vez volvió á la carga el no escarmentado enemigo. Habia rescatado nuestro santo á una doncella noble, natural de la ciudad de Burgos, á quien habian hecho cautiva los moros de Granada, y puesta ya en libertad, la habia casado con un caballero de iguales circunstancias; pero era ya muerta sin que Julian lo supiese. Estando un dia en oracion, oyó una voz que le dijo: *Julian, siervo de Dios, ¿qué es lo que haces? ¿duermes? ¿no me conoces?* Abrió los ojos, y viendo junto á sí á la que se le figuró la doncella rescatada, le preguntó sobresaltado qué se le ofrecia: á que

respondió la presentada mujer, con halagüeña ternura, que venía á mostrarse agradecida á su caridad, y á corresponder obsequiosa á tanto como le debía, arrojándose entre tanto hácia Julian, y añadiendo otras palabras de cariño. A este tiempo sintió el santo que con mano invisible le daban un empujón, y oyó una voz que le decía: *¿Qué haces, Julian? Mira que no es la que piensas, sino el sucio y abominable Satanás que intenta engañarte*; y al punto desapareció el enemigo. Quedó nuestro santo extrañamente confuso; y pareciendo á su delicadeza que habia tenido algun descuido, le lloró amargamente, haciendo penitencia de él toda su vida.

Habiendo sido esta no menos dilatada, que llena de virtudes, de ejemplos y de merecimientos, quiso en fin premiárselos el Señor; y para purificarle mas le envió una enfermedad no menos grave, que penosa, la que entendió Julian habia de ser la última. Cuando le pareció tiempo, pidió los santos sacramentos, y para recibirlos con mas devoto aparato se vistió de pontifical; pero despues de recibidos, se despojó de los ornamentos de la dignidad, se vistió un áspero cilicio, se tendió en el duro suelo, se cubrió de penitente ceniza, no admitiendo otra almohada que la de una dura piedra; y cuando ya habia entrado en la agonía, vió venir hácia sí una hermosísima doncella, cuyo ropaje excedia en candor á los ampos de la nieve, y el resplandor que despedia de sí obscurecia los mismos rayos del sol. Traía en la cabeza una guirnalda de rosas; acompañábala una brillante tropa de vírgenes celestiales, y todas cantaban con dulcísima armonía aquel verso del Eclesiástico: *Veis aquí al gran sacerdote que en sus días agradó al Señor*.

Dióle milagrosas fuerzas la visita celestial; hincóse de rodillas, rindió mil gracias á la Madre de Dios

por aquel inestimable favor, y alargándole una palma la benignísima Señora, le dijo: *Toma, siervo de Dios, esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado*. Desapareció la vision; y poco despues se fué tambien tras de ella la purísima alma de nuestro santo desprendida de su cuerpo, un domingo 28 de enero del año 1208 á los ochenta de su edad. Al mismo tiempo que espiró vieron cuantos se hallaron presentes que salió de su boca un hermoso ramo de palma mas blanca que la misma nieve, el que se fué elevando por el aire hasta esconderse en los cielos, los cuales se rasgaron á la vista de todos, y se oyó la música de los ángeles.

A una concepcion verdaderamente milagrosa, á un nacimiento acompañado de prodigios, á una vida llena de milagros, y á una muerte tan colmada de portentos, se siguieron tantos despues de ella, que la devocion de los pueblos comenzó á aclamarle santo: instando porque fuese elevado de la tierra, como se hizo pocos años despues, y colocándole sobre el altar de santa Agueda, se le rindió culto, se le celebró fiesta, y se le hizo lugar en el calendario. Trescientos y diez años se mantuvo su cuerpo en este altar, hasta que en el de 1518, siendo pontífice Leon X y reinando en España Carlos V, fué solemnísimamente trasladado al que hoy ocupa. Cuando se abrió la urna para registrar el santo cuerpo, se halló tan entero y tan sin corrupcion como si espirara en aquel punto; y las vestiduras tan nuevas y tan flamantes como si acabaran de salir de la tienda. Estaba vestido de pontifical, con mitra de raso blanco labrada de oro en la cabeza, báculo pastoral, cáliz y vinajeras, todo de plata, sobre el santo cuerpo, y al lado un ramo de palma, tan verde y tan frondoso como si le acabaran de cortar. Esta solemne traslacion es la que celebra hoy toda la iglesia de España, y en este día solemniza

la santa iglesia de Cuenca la fiesta principal de su patrono san Julian.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Excita, quæsumus, Domine, in populo tuo spiritum charitatis, quo beatum Julianum, confessorem tuum, atque pontificem, replere dignatus es: et concede, ut cujus festivitatem celebramus, per ejus ad te exempla gradiamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Suplicámoste, Señor, que excites en tu pueblo aquel espíritu de caridad de que llenaste á tu confesor y pontífice el bienaventurado Julian, para que caminemos á tí, imitando los ejemplos de aquel, cuya fiesta celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 20 de los Hechos Apostólicos.

In diebus illis: A Mileto Paulus mittens Ephesum, vocavit majores natu ecclesiæ. Qui cum venissent ad eum, et simul essent, dixit eis: Vos scitis à prima die qua ingressus sum in Asiam, qualiter vobiscum per omne tempus fuerim, serviens Domino cum omni humilitate, et lacrymis, et tentationibus: quæ mihi acciderunt ex insidiis judæorum: quomodo nihil subtraxerim utilium, quo minus annuntiarem vobis, et docerem vos publice, et per domos, testificans judæis atque gentilibus in Deum poenitentiam, et fidem in Dominum nostrum Jesum Christum.

En aquellos dias: Estando Pablo en Mileto, envió mensajeros á Éfeso para llamar los ancianos de la iglesia. Despues que llegaron y estuvieron juntos, les dijo Pablo: Vosotros sabeis cómo me he portado con vosotros en todo el tiempo, desde el primer día que entré en la Asia; que serví al Señor con toda humildad y con muchas lágrimas, entre los contratiempos y aflicciones que me sucedieron por las asechanzas que me armaron los judíos: que no oculté á vuestro conocimiento cosa alguna de las que os podian ser útiles; no dejando por caso alguno de anunciarla, ni de instruiros públicamente, y en las casas, exhortando á los judíos y á los gentiles á convertirse á Dios por la penitencia, y á creer en nuestro Señor Jesucristo...

NOTA.

« Contiene el libro de los Hechos Apostólicos todos » los principales sucesos de la primitiva Iglesia desde » la Ascension de Cristo á los cielos hasta el primer » viaje que hizo san Pablo á Roma, y su mansion en » ella por espacio de dos años, es decir, hasta el » año 61 ó 62 de Cristo; de donde infiere san Jerónimo que san Lucas, autor de este libro, le com- » puso en la misma ciudad de Roma. En la historia » evangélica escribió lo que habia oido, y en la apostólica lo que habia visto. »

REFLEXIONES.

Testigos sois del modo con que me porté con vosotros, sirviendo á Dios con toda humildad. Esta fué la virtud de san Pablo, y esta fué tambien, por decirlo así, la virtud de Cristo: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Es la humildad el cimiento de toda virtud, y el título primordial para tener derecho á la eterna bienaventuranza. Con ella se puede aspirar á su dichosa posesion; y sin ella es vana toda persuasion de conseguirla jamás. La soberbia precipitó de la corte celestial á los ángeles rebeldes, y la humildad la volvió á poblar de tantos espíritus verdaderamente humildes. No hay virtud que esté mas á mano para todos: ninguno hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento, las dignidades en sí mismas tienen algun precio, pero no le comunican; el verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas; el mas grande es el mas humilde; porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco talento. Basta haber pecado, ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la